

# América Latina: entre la democracia y el autoritarismo

Miguel Ángel Latouche R.\*



## UN PROCESO INCONCLUSO

Ya se ha hecho común la idea de que en América Latina prevalecen los gobiernos democráticos. La democracia, sin embargo, es un fenómeno relativamente reciente para los pueblos de la región. Nuestra vida republicana, si se nos permite la generalización, ha estado caracterizada por la existencia de modelos de organización política contruidos desde la lógica del estamento militar, o fundamentados en el personalismo político. El poder se ejerce bajo la mirada del caudillo fuerte que actúa de manera discrecional, literalmente, *saltándose*, los mecanismos institucionales que pudieran limitar sus acciones frente a la administración de lo público; lo que ha implicado la existencia recurrente de gobiernos que no respetan la pluralidad, que atentan en contra del ejercicio de los derechos políticos y civiles y que castigan la disidencia. Hasta finales de la década de los ochenta la existencia de dictaduras militares se constituía en un elemento común dentro de la realidad latinoamericana, una realidad en la cual la sociedad se encontraba subordinada a la acción estatal, pero más aún, en la que los individuos no tenían capacidad para realizar los contenidos del ejercicio de su propia autonomía. Es por esto que la larga transición hacia la adopción de modelos de organización democrática es de tanta importancia en la región.

Contrariamente a lo que pensábamos, la instauración de la democracia ha resultado insuficiente para garantizar la estabilidad polí-

tica de los países de la región y el bienestar social de los individuos que los habitan. La experiencia democrática no ha logrado atender de manera eficiente los problemas de la pobreza, la inequidad en la distribución del ingreso, ni la exclusión social. Tampoco ha sido posible adelantar un proceso de institucionalización que garantice la división de los poderes y el establecimiento de mecanismos efectivos para la protección del Estado de Derecho. En un sentido, bien podemos afirmar que la constitución del moderno Estado-Nacional-Democrático es un proceso inconcluso en América Latina. En efecto, nos encontramos con democracias débiles, mal constituidas, sometidas a una fuerte presión social y con instituciones poco desarrolladas que difícilmente pueden defenderla de la fuerza desintegradora de las facciones políticas ni de las tendencias homogeneizantes de la dictadura de la mayoría.

## EL RENACIMIENTO DE LA HISTORIA

América Latina parece encontrarse al borde de una confrontación ideológica de proporciones impredecibles como respuesta a la inconsistencia de las políticas neoliberales que los países de la región adoptaron durante la década de los noventa, y que los llevaron a asumir mecanismos de apertura de mercado, reducción de las trabas al libre comercio y liberalización de la economía, pero, al parecer, subestimando el impacto de los costos sociales asociados con el proceso de

‘ajuste estructural’. Ciertamente nos encontramos ya lejos de aquellos días en los cuales se consideraba que la mejor ‘política social’ era una buena política económica’ y se favorecía la tesis del ‘goteo’, de acuerdo con la cual el crecimiento económico logrado a través de mejoras en la eficiencia del aparato productivo y el aumento del intercambio, generaría automáticamente una dinámica que permitiría la inclusión de los excluidos y su incorporación a las dinámicas de la producción económica.

La resistencia a los mecanismos de ajuste se pusieron de manifiesto a todo lo largo de la región. Las protestas públicas originaron la salida del gobierno de los presidentes de países como Venezuela, Argentina, Ecuador y Bolivia entre otros, con la consecuente inestabilidad del sistema político y el cuestionamiento de los actores políticos tradicionales. Pero mucho más importante aún, implicó, la reversión de las tendencias políticas dominantes en la región. Más que en ningún otro sitio, en América Latina, hemos sido testigos del ‘renacimiento de la historia’ de mano de la reaparición y el fortalecimiento de la ‘utopía de la izquierda latinoamericana’. La profunda inestabilidad política y el desequilibrio permanente de la lógica institucional se constituyeron en los componentes que permitieron que dentro de importantes sectores de la sociedad latinoamericana prendiera un discurso de izquierda con visos de reivindicación social y una fuerte crítica a los mecanismos de la democracia representativa.

Una década después de la *utopía desarmada*, la izquierda se ha repositionado en el continente a través del voto popular. Lula en Brasil, Krischner en Argentina, Chávez en el caso de Venezuela, Evo Morales en Bolivia y más recientemente, Correa en Ecuador y Daniel Ortega en Nicaragua, se constituyen, desde sus particulares puntos de vista, en los líderes representativos del discurso de izquierda en la región. Esta nueva época sin embargo, no ha estado libre de importantes niveles de conflictividad social y política, particularmente en el

contexto de los países de tendencia revolucionaria que conforman el eje Habana, Caracas, Managua, Quito y la Paz. Con excepción de Fidel Castro, el resto de los Jefes de Estado de esos países llegaron al poder a través del mecanismo democrático de la elección universal, directa y secreta. Pero, han utilizado el mandato popular para introducir cambios sustantivos dentro de la estructura misma del sistema político, reduciendo la funcionalidad de los mecanismos de intermediación política; afectando la división de poderes, desmereciendo la importancia de los sistemas de representación proporcional de las minorías y, en general, secuestrando los espacios para el libre funcionamiento de la sociedad dentro del ámbito público.

Los países del Eje Revolucionario favorecen la idea de la aclamación popular como mecanismo de toma de decisiones. Así se establece un régimen refrendario en el cual se pretende que se produzca una comunión directa entre el líder y la masa; en el cual la masa no tiene la oportunidad de deliberar acerca del curso del juego político, sino que su acción se limita a validar públicamente, y sin discusión, las decisiones tomadas previamente por los líderes de la nomenclatura en el poder. Imponiendo una ‘dictadura de la mayoría’ en la cual la disidencia es considerada inaceptable y se intenta suprimir tanto la acción y los derechos de las minorías como el derecho que tienen los sujetos a disentir.

#### UNA PROFUNDA CONTRADICCIÓN

Si alguna lección nos dejó la pasada reunión de los países que forman parte, o actúan como observadores, del mecanismo de integración regional representado por MERCOSUR, es que los países de la región están sometidos a importantes contradicciones que trascienden el tema de los intereses económicos de los participantes. El impasse que se produjo entre el Presidente Colombiano Álvaro Uribe y los Presidentes de Bolivia y Venezuela, Evo Morales y Hugo Chávez respectivamente, tanto como la incomodidad notable

de Ignacio Lula Da Silva, presidente del país anfitrión; da cuenta de las diferencias que en lo político han hecho aparición entre los líderes de países que intentan construir ‘lo político’ desde el ámbito del desarrollo de instituciones democráticas y limitaciones a la acción del Estado y aquellos otros que intentan definir una revisión del status quo regional, a través de la crítica permanente a los sistemas de representación política, y que, adicionalmente, adelantan acciones para su desmantelamiento.

En este orden de ideas, el papel de la política exterior venezolana en apoyo a los movimientos disidentes de los diversos países de la región, no puede ser subestimado. No sólo se trata de que el apoyo financiero y político venezolano contribuyera sustantivamente a las victorias de Morales en Bolivia y de Correa en Ecuador. Sino que, más allá de eso, tiene que ver con el hecho de que el apoyo que desde Miraflores se les brinda a movimientos como el de los piqueteros en Argentina o a los Sin Tierra del Brasil, proporcionándoles capacidad de movilización y logística, les permite confrontar la acción política de los gobiernos de los países donde actúan, debilitando con sus acciones el funcionamiento de las instituciones democráticas y reduciendo su capacidad para adelantar un proceso de ajuste y reajuste a las demandas de la sociedad, cónsonos con los mecanismos reformistas propios de la democracia. Todo augura que hay tormentas políticas formándose sobre el horizonte.

\* Profesor de la UCV